

pollos de olivo estarán a! rededor de tu mesa. Bendígate el Señor desde Sión para que contemples los bienes de Jerusalém y veas a los hijos de tus hijos, y tu paz en Israel» (1).

JORGE MURCIA RIAÑO

---

## LA DOCTRINA ESCOLASTICA DEL LIBRE ALBEDRIO

(Continuación)

La filosofía escolástica, inspirada por el genio de Aristóteles, no acepta la libertad humana como un postulado, como un primer principio ni como un imperativo *a priori*, sino como una verdad deducida del estudio experimental del hombre.

Como esta filosofía no solamente es experimental sino también intelectual, las conclusiones a que llega en el asunto del libre albedrío y más ampliamente de la voluntad las pone en contacto real y fecundo con las leyes morales, leyes reales como que tienen su fundamento objetivo en la naturaleza racional del hombre. En esta proyección o influencia de la psicología sobre lo moral se encuentra una muy notable diferencia entre los que seguimos la doctrina de santo Tomás y los que profesan en otras escuelas que, como la psicologista de Bergson, aceptan el libre albedrío, pero que rechazan por ilusorio el procedimiento seguido por la inteligencia para alcanzar algún conocimiento científico. No sabemos cómo Bergson y los de su escuela puedan constituir una ciencia moral con un principio psicológico que siempre supera y rebasa a la inteligencia.

Se ha dicho y repetido mucho que la ciencia antigua era conceptual o genérica: que cuando encontraba una cosa nueva luchaba por encuadrarla en uno de los

---

(1) Ps. CXXVII, 3, et, sgts.

géneros previamente dispuestos por la inteligencia, y que al realizar tal operación consideraba convertido ya en conocimiento científico lo que antes era mero conocimiento empírico. La ciencia moderna no trata de buscar el género de las cosas; lo que pretende, desde los tiempos de Galileo, es relacionar unos hechos con otros y cuando establece esta relación (generalmente cuantitativa) dice que tiene un conocimiento científico o mejor una ley de la naturaleza.

Si así es la ciencia moderna, nadie podrá negar que la moral de los escolásticos tiene los caracteres precisos de una ciencia moderna.

Pero de cualquier modo que esto sea, siempre la ciencia se mueve sobre la causa eficiente y la causa final como sobre su propio eje. Aun los que niegan todo finalismo tienen que usar del lenguaje finalista cuando quieren hablar en lenguaje científico, lo cual parece indicar que este procedimiento usado por la inteligencia del hombre, el por qué y el para qué que siempre se plantea, no es un procedimiento, ni es un problema engañoso, verbal ni ilusorio como pretende Bergson al referirse a las ciencias de la vida.

Busquemos el por qué y el para qué de la voluntad humana y así podremos hablar científicamente del libre albedrío.

Todos nuestros actos: sensaciones, sentimientos, imágenes, ideas, voliciones, los referimos siempre a nuestro yo, a nuestra propia conciencia. Podrán traerse todos los argumentos que el escéptico quiera y siempre quedará en pie este fundamental e inmediato hecho de conciencia. El pirronismo es una posición falsa e insostenible.

Este yo, no es únicamente la concreción pasajera o síntesis de todos nuestros estados de conciencia. Claro es que nosotros no conocemos el alma humana sino por

los actos que ejecuta; pero éstos nos llevan por la vía deductiva o por la vía inductiva (mas nunca por la vía intuitiva bergsoniana) a la sustancia que es causa de esas operaciones. Tener conciencia de sí mismo significa darse cuenta precisa y exacta de que uno es el agente de sus propias obras y formarse una personalidad, aspiración que todo individuo persigue consciente o inconscientemente, significa, en tratándose del hombre, poder atribuirse en el mayor grado posible de intensidad sus propias operaciones.

La conciencia nos manifiesta también que nosotros no solamente somos receptores pasivos de las cosas o impresiones del mundo externo, sino que también obramos sobre dichas cosas. En dos palabras: hecho de conciencia es que somos seres activos.

Claro está que ningún ser vivo puede aumentar o disminuir la cantidad del objeto externo sobre el cual obramos o pretendemos obrar; pero también es cierto que esta cantidad no produce la especial cualidad de los actos vitales y especialmente de los actos libres.

Y tan cierto es que no podemos hablar en este sentido, como lo quisieran los mecanistas, que vemos, por ejemplo, que la idea es inconmensurable con la imagen y que la relación matemática que pretendió establecer Fechner entre la sensación y la excitación sensible ha sido rechazada porque está en pugna con el principio mismo en que quería fundarse, o sea en la llamada ley del umbral de la conciencia, ley que no permite, como pretendía Fechner, aplicar las tablas logarítmicas a los fenómenos de la vida.

El que un mismo objeto produzca en dos hombres sentimientos distintos y sensaciones cualitativamente distintas y actos claramente diferenciados entre sí, nos está indicando que el alma humana no es un mero epifenómeno, una especie de retorta que recibe indiferente

ya una materia ya otra, sino como la tierra fecunda que recibe en su seno un germen y allí le hace madurar y crecer. Insistimos sobre este hecho porque es menester ir preparando el camino que nos ha de llevar a una recta comprensión de lo que los escolásticos han llamado indiferencia de la voluntad, término que no expresa una pasividad sino una permanente actividad de la voluntad.

La voluntad, que es, después del entendimiento, la más importante de las facultades del hombre, es una actividad permanente, una actividad que persigue siempre el mayor bien. Y en este sentido decimos que el objeto propio de la voluntad es el bien tomado en toda su generalidad y en su máximo valor. Por eso también sostenemos que en la tendencia hacia este bien la voluntad no es libre, así como tampoco lo es en rechazar y detestar el mal, en cuanto mal.

Pero para llegar al bien absoluto y perfecto, el hombre ha de recorrer toda una escala de bienes particulares o finitos. La posesión de éstos no es necesaria para la voluntad humana, como no es para la inteligencia cosa necesaria el tener una verdad particular cualquiera. La voluntad puede elegir ya uno ya otro de esos bienes particulares y finitos, sin que esta elección, en cuanto tal, contradiga la suprema aspiración al bien perfecto ni tampoco contradiga la permanente actividad de la conciencia, sino que antes bien refuerza y comprueba estos principios de una manera muy brillante; de otra manera no se podría explicar la evolución moral de la conciencia ni habría para qué hablar de la auto-educación del individuo.

Pero si la voluntad elige siempre en razón de un bien, ¿de dónde proviene el mal moral? El mal moral equivale a posponer un bien inferior objetivamente considerado a otro bien mayor, también objetivamente

considerado. Subjetivamente un bien inferior puede presentarse como de más valor que otro inferior o tal valor lo concedemos arbitrariamente; pero si es verdad que en lo subjetivo se encuentra la raíz propia del libre albedrío, también es verdad que el valor del acto libre hay que deducirlo, como todo valor, de una relación: en este caso de su relación con las normas objetivas de moralidad.

Contra esta libre determinación de la voluntad con respecto de los bienes particulares y finitos se ha invocado el principio de causalidad, la ley de la conservación de la energía y de la materia y finalmente se ha pretendido que en la apreciación que de sí misma hace la conciencia hay una fundamental ilusión que nos hace pensar que somos actores libres cuando en realidad todo estado de conciencia está necesariamente determinado por los estados anteriores.

Se habrá comprendido por todo lo que antecede que nosotros no consideramos las voliciones como hechos sino como efectos, como actos de una facultad que llamamos voluntad. Luego en nuestra doctrina sí se dice cuál es la causa eficiente del acto libre y se precisa también la causa final de tal acto libre. Quizás no es el principio de causalidad, entendido en la forma de la filosofía tradicional, sino en el principio de causalidad entendido al modo de Locke el que se invoca en contra de la libertad humana.

La ley de la conservación de la energía y de la materia dicen que se opone a todo acto libre, a todo lo que no aparezca como comprendido en el estado anterior del mundo o sea en la permanente e invariable cantidad de materia del universo.

Bien conocido es el pensamiento de La Place; dada una inteligencia poderosa y un punto material cualquiera, podría aquélla descubrir toda la historia del

universo, fijar y precisar absolutamente el estado actual de todo el universo y predecir con matemática precisión hasta «el momento en que Inglaterra quemará su último pedazo de carbón.»

No nos detendremos en considerar si es o no aceptable la teoría atómica de la materia y si es o no cosa ya averiguada y precisa el valor que se atribuye a las explicaciones puramente cinéticas del mundo físico. Porque aun aceptando sin discusión estos principios, tendríamos que llegar a esta conclusión: que esos principios no implican la determinación de nuestros estados de conciencia los unos por los otros y que, como dice Bergson, aun la universalidad con que se pretende aplicar la ley de la conservación de la energía, no podría ser admitida sino en virtud de alguna hipótesis psicológica, lo cual pondría en difícil posición el mecanismo y por consecuencia al sistema del determinismo físico.

«Al suponer que la posición, la dirección y la volacilidad de cada átomo de la materia cerebral están determinados en cualquier momento de la duración, no habría de suponerse ni deducirse en modo alguno que nuestra vida psicológica está sometida a la misma fatalidad. Porque para esto sería preciso demostrar previamente que a un estado cerebral dado corresponde rigurosamente a un estado psicológico determinado y esta demostración está aún por hacerse. Frecuentemente no se cuida de pedir esta prueba porque se sabe que a una vibración determinada del tímpano, a una impresión determinada del nervio auditivo, se da una nota determinada de la gama y que el paralelismo entre las dos series, entre la física y la psicológica, ha sido constatada en número considerable de casos. Pero nadie ha sostenido que nosotros somos libres, en las condiciones dadas, de escuchar la nota o percibir el color que nos plazca. Las sensaciones de este género, como otros

muchos estados psíquicos, están manifiestamente ligadas con ciertas condiciones determinantes y es precisamente por este hecho por lo que se ha podido imaginar o encontrarse todo un sistema de movimientos que gobierna y dirigen nuestra mecánica abstracta.... Pero extender ese paralelismo a las series mismas en su totalidad equivale a cortar *a priori* el problema de la libertad.... Pero el pensamiento del determinismo físico, tal como se ha producido en nuestro tiempo, está lejos de ofrecer la misma claridad y el mismo rigor geométrico que tiene por ejemplo en Spinoza. Se representa movimientos moleculares que se verifican en el cerebro; la conciencia se desprendería sin saberse muchas veces de qué manera e iluminaría la huella de esos movimientos como una fosforescencia.... Pero con cualquier imagen que se traiga no se demuestra no se demostrará nunca que el hecho psicológico sea necesariamente determinado por el movimiento molecular. Porque en un movimiento se encontrará la razón de otro movimiento; pero no la de un estado de conciencia: únicamente la experiencia podrá establecer que este último acompaña al primero. Pero la unión constante de los dos términos no ha sido verificada experimentalmente sino para un número muy restringido de casos y esto para hechos que por confesión de todos son en casi toda su extensión independientes de la voluntad. Pero es fácil comprender por qué el determinismo físico extiende esta unión para todos los casos posibles. La conciencia nos advierte, en efecto, que nuestras acciones se explican por motivos. Por otra parte no parece que determinación signifique en este caso necesidad, puesto que el sentido común cree en el libre albedrío. Mas el determinismo engañado por una concepción de la duración y de la causalidad que nosotros criticaremos más adelante, considera absoluta la determinación de los

hechos de conciencia los unos por los otros. Así nace el determinismo asocianista, hipótesis en cuyo apoyo se invoca el testimonio de la conciencia; pero que no puede pretender para sí ningún rigor científico. Parece natural que este determinismo en cierto modo aproximativo, este determinismo de la cualidad, trate de aparecerse con el mismo mecanismo que sostiene los fenómenos de la naturaleza: éste prestaría a aquél su carácter geométrico y la operación aprovecharía al determinismo psicológico que saldría más vigoroso y al mecanismo físico que vendría a ser universal. En efecto, los hechos psicológicos más simples vienen a por sí mismos sobre los fenómenos físicos muy definidos. Y la mayor parte de las sensaciones parecen ligadas a determinados movimientos moleculares. Este comienzo de prueba experimental basta ampliamente a aquel que por razones de orden psicológico ha admitido ya la determinación necesaria de nuestros estados de conciencia por las circunstancias en que ellos se producen. Desde entonces no vacila en considerar el drama que se representa en el teatro de la conciencia sino como una traducción siempre servil y literal de algunas de las escenas que ejecutan los átomos y moleculares de la materia organizada. El determinismo físico al cual se llega de este modo no es otra cosa que el determinismo psicológico que trata de verificarse por sí mismo y de fijar sus propios límites por medio de un llamamiento a las ciencias de la naturaleza.

«Sin embargo es necesario reconocer que la parte de libertad que nos queda después de una aplicación rigorosa del principio de la conservación de la fuerza es muy pequeña. Porque si esta ley no influye necesariamente en el curso mismo de nuestras ideas, ellas por lo menos determinarán nuestros movimientos..... Pero importa preguntarse si la extensión que se ha da do

al principio de la conservación de la fuerza sobre todos los campos de la naturaleza no implica por sí misma alguna teoría psicológica y si el sabio que *a priori* no tuviera prevención alguna contra la libertad humana se cuidaría de erigir ese principio en ley universal.»

Después de esta exposición y después de hacer la importante observación de que se ha exagerado en mucho el papel que en la historia de la ciencia se ha hecho representar al principio de la conservación de la energía, Bergson hace el siguiente argumento:

«Ciertamente toda operación matemática que se ejecute sobre una cantidad dada implica la permanencia de dicha cantidad a través de todo el curso de la operación, de cualquier manera que dicha cantidad se descomponga. En otros términos: lo que es dado es dado, lo que no es dado no es dado y en cualquier orden que se haga la suma de los mismos términos se encontrará el mismo resultado. La ciencia permanecerá eternamente sometida a esta ley que no es otra que la ley de la no contradicción; pero esta ley no implica ninguna hipótesis especial sobre la naturaleza que se debe dar o manejar, ni la de aquella que deba permanecer constante.... Notemos que el mecanismo más radical es aquel que hace de la conciencia un fenómeno capaz de agregarse, en momentos dados, a ciertos movimientos moleculares. Pero si el movimiento molecular puede crear la sensación con un nada de conciencia, ¿por qué la conciencia no habrá de crear a su turno un movimiento ya sea con un nada de energía cinética y potencial, ya sea utilizando esta energía a su manera? Notemos también que toda aplicación inteligible de la ley de la conservación de la energía se verifica en un sistema cuyos puntos capaces de moverse, son también susceptibles de volver a su primitiva posición. Esta vuelta se concibe al menos como posible

y se admite que en estas condiciones nada sería cambiado en el estado primitivo del sistema todo entero ni de sus partes elementales... Pero en el dominio de la vida, la idea de remitir las cosas a un lugar al cabo de un cierto tiempo, implica una especie de absurdo, puesto que semejante retorno, semejante viaje hacia atrás, no se ha efectuado nunca en ningún ser vivo. Pero admitamos que el absurdo es puramente aparente y provenga de que los fenómenos físico-químicos que se efectúan en los cuerpos vivos siendo infinitamente complejos no tienen ninguna tendencia a reproducirse todos a la vez; pero por lo menos se nos concederá que la hipótesis de un retorno, de un viaje hacia atrás, llega a ser ininteligible en la región de los hechos de conciencia. Una sensación por el solo hecho de prolongarse se hace insoportable. Aquí lo mismo no permanece siempre lo mismo, sino que refuerza y crece. En dos palabras: si el punto material, tal como la concibe la mecánica, permanece en un eterno presente, el pasado quizás sí es una realidad para los cuerpos vivos e indudablemente lo es para los seres concientes... En estas condiciones ¿no se podría invocar presunciones en favor de la hipótesis de una fuerza consciente o voluntad libre que sometida a la acción del tiempo y almacenando en sí su duración, escaparía por esto mismo a la ley de la conservación de la energía?»

Como se ve, el determinismo físico parte del falso supuesto de que no existe ni puede existir otra cosa que materia y fuerzas de materia. Pero tal supuesto que niega la fundamental diferencia entre la materia inerte y la materia viva no puede ser aceptado hasta tanto que no se demuestre experimentalmente que las operaciones de la una y de la otra son de la misma especie y naturaleza. Por ahora habrá que aceptar que, por ejemplo, el crecimiento de un ser vivo y el aumento

de un cuerpo bruto son cosas que se distinguen fundamentalmente y en razón de la naturaleza intrínseca. En una palabra: por ahora tendremos que admitir que la cantidad material no engendra la cualidad viva, ni la extensión de la materia causa la intensidad de conciencia.

Para refutar la tesis del libre albedrío es necesario que previamente y como primera premisa se demuestre experimentalmente la fundamental identidad de naturaleza y operaciones de lo inerte y de lo vivo. En tanto que esta premisa no sea probada, todo lo que se arguya contra la libertad humana en nombre del determinismo físico carecerá de fundamento y a lo más podrá considerarse como una de tantas hipótesis que la mente del hombre se complace en forjar todos los días.

Además tendría que probarse que el alma humana, principio de las operaciones todas del hombre y por tanto ser espiritual y simple, no tiene existencia alguna. En dos palabras: la posición en que se encuentra el determinismo físico es muy falsa, porque con una hipótesis acerca de la constitución de la materia y con una ley que sólo ha verificado en los cuerpos materiales, pretende destruir dos tesis bien probadas: es la primera la diferencia fundamental que existe entre la vida y la materia, y es la segunda la existencia del alma humana, ser espiritual y simple.

JOSÉ TOMÁS ESCALLON  
M. A. del Colegio del Rosario.

NOTA—Debido a la extensión de este artículo nos vemos en la necesidad de concluir nuestro estudio en el próximo número de esta REVISTA y no en éste como habíamos ofrecido.

